

**XI CERTAMEN DE RELATOS  
CORTOS  
"LEE, ESCRIBE,..."  
¡ENTRENA TU MENTE!**

**LNRS**



**TERCER PREMIO  
CATEGORÍA ADULTO**

**Autora: Verónica  
Leo Hernández.**

**Con la colaboración:**

**joma**



## **LA MAGIA DEL 8**

Las notas descansan sobre el escritorio. Se hacen hueco entre el álbum de cromos de Liga 2001/2002. Aún quedan algunos adhesivos libres. A su lado un bloque con los “repes” y una lista con los que faltaban para la colección. En la pared, un poster de Schumacher con el 8 a la espalda. A falta del Real Madrid, Nora apoyaba a los verdes.

El entrenador le consiguió aquella foto ante la insistencia de aquella fan que revisaba las jugadas del brasileño para ponerlas en práctica en los entrenamientos. Para su camiseta escogió el mismo dorsal que el de su ídolo. Aunque a ella le gustaba jugar más cerca de la portería rival. Cada temporada soñaba con batir el record de goles de la campaña anterior. Con dar más pases de gol. Y sobre todo, con ganar aquella liga local que tanto se les resistía.

Con todas las asignaturas aprobadas y buenas referencias de los profesores el verano de Nora parecía tranquilo. Sus planes pasaban por inflar su balón y pasar las tardes en el parque del barrio. Hasta que el sol dejara de pegar fuerte, chutar a la sombra de aquellos árboles era una buena idea. Tampoco era fácil encontrar valientes o insensatos que salieran a la calle con semejante calor. La mayoría de los niños y niñas de su clase se quedaban en la piscina de una urbanización privada del barrio.

En cuanto el sol daba algo de tregua, Nora y sus amigos marchaban a la pista de 40x20 del barrio. Futbolera declarada. Muchas veces la tentaron con un Mikasa, pero ella prefería aquel balón más ligero y algo más pequeño.

Las pistas de cemento eran todo un desafío. Una caída y toda la pierna magullada. Daba igual. Los sueños no se abandonan por unos pocos arañazos. Ella siempre decía en casa que el verano era su pretemporada y que al acercarse septiembre, estaría en plena forma para su equipo

En casa se respiraba cierto nerviosismo. Su madre arreglaba con esmero la habitación de invitados.

En los últimos años Nora se convirtió en testigo silenciosa de las idas y venidas de la cuna y peluches de bebés. Del trastero a la habitación y vuelta al trastero. Observadora callada de las tardes de lágrimas contenidas de su madre y noches de llanto infinito. Cómplice de las sonrisas y guiños de su padre.

Un sábado cualquiera, después de un partido en el que nuestra protagonista anotó el gol de la victoria en el último suspiro y mientras su madre limpiaba y curaba la enésima herida en la rodilla, madre e hija tuvieron una conversación.

- ¿Te duele mucho?-, preguntó su madre.

- Un poco-, respondió sorbiendo los mocos y aguantando el llanto.

- Hija, no pasa nada por llorar. Eso no te convierte en alguien débil.

- Sabes..., a veces lloro cuando estoy sola en mi cuarto. Como tú. A escondidas-

Nora bajó la mirada y también su voz. Tanto que era casi inaudible.

- Mamá, ¿crees que si no tengo un hermano podrás conformarte conmigo?-

Su madre creyó ver parado el tiempo y su corazón. Se levantó y con voz dulce dijo.

-Nora, tu padre y yo a veces estamos tristes pero somos muy felices contigo. Eres demasiado pequeña para entenderlo...-

-Ya...-

- Escúchame. No quiero que pienses que no eres lo suficientemente buena para nosotros. Eres la mejor hija del mundo y lo mejor que nos ha pasado -, envolvió a la pequeña en un suave abrazo.

- Recuerdas el libro que te regaló el tía cuando eras pequeñita. El de las liebres -, añadió su madre, ya con una amplia sonrisa.

-Sí, las liebres color avellana -.

-Yo siempre te querré de aquí a la luna y vuelta. No lo olvides -.

La emoción inundó la habitación. Se quedaron sin palabras hasta que el fútbol sala las trajo de vuelta a la realidad.

- Menudo golazo has marcado. Que sepas que me he puesto roja con la dedicatoria -.

- Gracias, mami. Todos mis goles son para ti -.

Pasados unos días sus padres se sentaron con Nora y le hablaron de lo que iba a ocurrir ese verano. El ayuntamiento de Getafe había organizado un programa llamado “Vacaciones en paz” y ellos se habían inscrito. Un niño saharai de su edad vendría a pasar el verano con ellos: Amir.

La noche anterior ni sus padres ni Nora durmieron del tirón. Miles de preguntas les venían a la cabeza. ¿Se adaptaría bien el niño? ¿Serían una buena familia de acogida? Y sobre todo y lo más importante para Nora, ¿querría Amir jugar con ella y sus amigos al fútbol sala?

Amir llegó con un pequeño macuto. Apenas un par de camisetas de la asociación que organizaba el programa de acogida, unos pocos pantalones y muda para unos días. Con el pelo negro azabache y toda la luz del desierto en sus ojos les saludó.

Nora le tendió la mano. Amir la rechazó con timidez  
- Dale tiempo, es su primer día -, aconsejó su padre.

Por la tarde, Nora sacó el balón. El esférico se convirtió en un aliado para atraer la atención de Amir, que golpeó fuerte a la pelota cuando pasó junto a su pie izquierdo. Las tardes transcurrieron con calma. Los niños salían a jugar a la cancha y volvían con sonoras carcajadas.

Amir les contó que Él solía jugar con los demás niños en el campo de refugiado y que quería ser futbolista de mayor.

Los sueños compartidos facilitan las relaciones. Dan un impulso a la amistad. Y de aquel verano nació una relación de amor verdadero. Él de dos hermanos. Ella blanca como la luna. Él dorado como el sol. Ella diestra. Él zurdo. Separados por miles de kilómetros, pero unidos por la misma pasión.

La víspera de su vuelta a casa, Nora y Amir dedicaron la tarde a pintar unas camisetas con su número favorito y su nombre.

- Fíjate bien Amir. El ocho es como el dibujo del infinito pero acostado -.
- Cierto -, contestó él.
- Además, si sumamos las letras de tu nombre y el mío dan 8. No puede ser casualidad -, recalcó ella.
- Es magia. La magia del 8 -.

Chocaron su manos y de fueron a dormir.

En la despedida Nora no supo ni quiso reprimir sus lágrimas.

- Mamá. Hoy lloré delante de Amir porque quiero que sepa que voy a echarle de menos. Le he dicho que le quiero. Como se quieren las liebres del cuento. Como nos queremos nosotros. De aquí a la luna y vuelta. Y que el verano que viene será tan bueno como este -.
- Claro que sí. Tu padre y yo haremos lo imposible para que Amir pase el próximo verano con nosotros -, contestó.
- Habrá que comprar un balón nuevo -, dijo Nora al tiempo que recuperaba su sonrisa.
- Desde luego -, respondió su madre.

El autobús de Amir y del resto de niños saharauis se perdió en la distancia. La vida siguió con sus días en bucle. Con sus tardes de entrenamientos y los sábados de partido.

Los niños se enviaban cartas donde narraban todos sus avances con el esférico; los regates nuevos, el número de toques seguidos al balón al caer al suelo..., y la firme promesa de volver a encontrarse para juntos disfrutar en una pista de 20x40 del fútbol sala.

Se fue el crudo invierno, pasó ligera la primavera y pronto llegó el verano. Y trajo con él a Amir. Qué tendrá la amistad que los ojos de ambos se tornaron más luminosos. Aún hoy son más felices juntos. Siempre con un balón.  
bía salvado la vida.